

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN DE 1831

Cuando eligieron a Frankenstein para incluirla en una de sus series, los Editores de las Standard Novels, expresaron el deseo de que les facilitara algún material sobre el origen de esta historia. Deseo vivamente complacerles, porque así puedo ofrecer una respuesta general a la pregunta que a menudo se me formula: “¿Cómo yo, que entonces era una jovencita, pude pensar y desarrollar una idea tan monstruosa?” Es verdad que soy contraria a hablar de mí misma en letras de molde, pero como mi relato sólo será apéndice de una producción anterior, y se limitará a tópicos vinculados con mi autoría, difícilmente puedo acusarme yo misma de haber incurrido en pecado de intrusión personal.

No es extraño que, dada mi condición de hija de dos personas distinguidas en el campo de las letras, haya pensado en escribir desde muy temprana edad. Cuando era niña ya garabateaba; y mi pasatiempo favorito durante las horas de recreo era “escribir cuentos”. Sin embargo, un placer más querido era construir castillos en el aire –el placer de soñar despierta –, seguir la línea de pensamiento, cuyo tema adoptaba la forma de una sucesión imaginaria de incidentes.

Mis sueños eran al mismo tiempo más fantásticos y gratos que mis escritos. En estos últimos fui simplemente una imitadora –siguiendo el camino que otros habían trazado en vez de utilizar mis propias ideas. Lo que escribía estaba destinado por lo menos a un lector mi compañero de infancia y amigo, pero mis sueños eran sólo míos; no permitía que nadie entrara en ellos; eran mi refugio en el hastío y el placer más querido en la alegría.

Cuando era niña viví principalmente en el campo, y pasé mucho tiempo en Escocia. A veces visitaba los lugares más pintorescos, pero mi residencia habitual se encontraba en las desiertas y melancólicas costas del norte de Tay, cerca de Dundee. Desiertas y melancólicas las llamo ahora, mirando hacia atrás; pero entonces no me lo parecían. Eran el refugio de la libertad, y la agradable región donde pude comulgar despreocupadamente con las criaturas de mi imaginación. Por entonces yo escribía –pero en un estilo por demás corriente. Los airosos vuelos de mi imaginación nacieron y se desarrollaron bajo los árboles de las tierras pertenecientes a nuestra casa, o en los lagos sombreados de las montañas desnudas que se alzaban en las cercanías. No hacía de mi propia persona la heroína de esos relatos. Mi propia vida me parecía una cosa, excesivamente común. No podía concebir siquiera que las angustias románticas o los hechos maravillosos llegasen a ser jamás mi destino; pero no me limitaba a mi propia identidad; y era capaz de poblar las horas con creaciones que en ese momento me parecían más interesantes que mis propias sensaciones.

Después, comencé a desarrollar una vida activísima, y la realidad vino a ocupar el lugar de la ficción. Sin embargo, desde el principio mi marido manifestó vivo interés en que yo me demostrase digna de mi linaje, y en que inscribiese mi nombre en la página de la fama. Siempre me instaba a adquirir reputación literaria, cosa que a mí misma me preocupaba entonces, aunque después he llegado a sentir infinita indiferencia hacia el asunto. En esa época deseaba que yo escribiese, no tanto con la idea de que pudiera producir algo digno de atención, sino más bien para darle oportunidad de juzgar si encerraba en mí misma la promesa de cosas futuras de mayor calidad. De todos modos, nada hice. Los viajes y la atención de una familia ocupaban mi tiempo; y el estudio, bajo la forma de la lectura o del mejoramiento de mis ideas gracias a la comunicación con la mente de mi marido, mucho más cultivada, era toda la actividad literaria que comprometía mi atención.

En el verano de 1816 visitamos Suiza, y fuimos vecinos de lord Byron. Al principio pasamos nuestras horas placenteras en el lago, o recorriendo sus orillas; y lord Byron, que estaba escribiendo el tercer canto de Childe Harold, era el único del grupo que trasladaba al papel sus pensamientos. Esas ideas, a medida que nos conocíamos, aparecían revestidas con la luz y la armonía de la poesía, y se hubiera dicho que exaltaban las glorias divinas del cielo y la tierra, cuyas influencias compartíamos con él.

Pero fue un verano húmedo y desapacible, y la lluvia incesante a menudo nos recluía durante días enteros en la casa. Cayeron en nuestras manos algunos volúmenes de

historias de fantasmas, traducidos del alemán al francés. Estaba la Historia del Amante Infiel, que cuando se disponía a abrazar a la novia a la que había consagrado sus votos se halló en brazos del pálido espectro de la que él había abandonado. Y el relato del pecaminoso fundador de una raza, cuyo destino miserable era dar el beso de la muerte a los hijos más pequeños de su casa fatídica, en el preciso instante en que alcanzaban la edad de la promesa. Su forma gigantesca y espectral, ataviada como el fantasma de Hamlet, con la armadura completa, pero con la babera alzada, aparecía a medianoche, iluminada por los rayos siniestros de la luna, avanzando lentamente por la oscura avenida. La forma se perdía en las sombras de los muros del castillo; pero pronto se abría un portón, se oían pasos, y franqueando la puerta de la cámara él avanzaba hacia el lecho de los jóvenes en flor, acunados en su sueño bienhechor. Un sentimiento de aflicción eterna se dibujaba en su rostro cuando se inclinaba para besar la frente de los niños, que desde ese momento comenzaban a amustarse como flores arrancadas de la planta. No he vuelto a ver esos relatos; pero sus incidentes están tan frescos en mi espíritu como si los hubiese leído ayer.

“Cada uno de nosotros escribirá una historia de fantasmas” —dijo lord Byron—; y todos aceptamos su proposición. Éramos cuatro. El noble autor inició un relato, parte del cual aparece al final de su poema *Mazeppa*. Shelley, más dispuesto a envolver ideas y sentimientos en la irradiación de una imagería brillante y en la música del verso más melodioso que adorna nuestro lenguaje, que a intentar la

estructura de una historia, comenzó un relato basado en las experiencias de sus primeros años de vida. El pobre Polidori había concebido cierta idea terrible acerca de una dama cuya cabeza era una calavera, y que había recibido ese castigo porque espío por el agujero de una cerradura –he olvidado qué vio– algo que, por supuesto, era muy chocante e impropio; pero cuando la dama quedó reducida a una condición peor que el famoso Tom de Coventry, Shelley no supo qué hacer con ella, y se vio obligado a despacharla a la tumba de los Capuletos, el único lugar donde podía acomodarla. También los ilustres poetas, fastidiados por lo pedestre de la prosa, renunciaron sin demora a la tarea poco grata.

Me ocupé de *pensar una historia* –un relato que rivalizara con los fragmentos que nos habían inducido a abordar esta tarea. Quería algo que evocase los temores misteriosos de nuestra naturaleza, y que suscitase horrores inquietantes –de modo que el lector temiese mirar alrededor, y se le erizase la piel y se le acelerasen los latidos del corazón. Si no lograba todo esto, mi historia de fantasmas sería indigna del nombre. Pensé y cavilé –pero en vano. Sentía esa vacía incapacidad de invención que es el principal misterio de la creación, cuando la Nada vacía contesta a nuestras ansiosas invocaciones. *¿Ha pensado una historia?*, me preguntaban todas las mañanas, y siempre me veía obligada a contestar con una mortificante negativa.

Para hablar a lo Sancho, todo debe tener un comienzo; y ese principio debe vincularse con algo que ocurrió anteriormente. Los hindúes afirman que el mundo descansa

sobre un elefante, pero que éste se encuentra sobre una tortuga. Debe reconocerse humildemente que la invención no consiste en crear de la nada, sino del caos; en principio, debe contarse con los materiales: la creación puede dar forma a las sustancias oscuras e informes, pero no puede crear la sustancia misma. En todas las cuestiones que se refieren al descubrimiento y a la invención, y aún a las que se relacionan con la imaginación, se nos recuerda constantemente el caso de Colón y el huevo. La invención consiste en la capacidad de aprovechar las posibilidades de un tema, y en el poder de plasmar y encauzar las ideas que él sugiere.

Lord Byron y Shelley sostuvieron muchas y prolongadas conversaciones, y yo fui oyente devota pero casi silenciosa de esos coloquios. Durante una de esas charlas se discutieron diversas doctrinas filosóficas, y entre otras la naturaleza del principio de la vida, y si existían probabilidades de que jamás fuese posible descubrirlo y comunicarlo. Hablaban de los experimentos del doctor Darwin (me refiero no a lo que él hizo realmente, ni a lo que dijo haber hecho, sino –porque se aviene más a mi propósito– a los actos que entonces se le atribuían) que preservaba un trozo de vermicelli en un frasco de vidrio, hasta que gracias a ciertos medios extraordinarios comenzaba a moverse voluntariamente. Después de todo, no se trataba de infundir vida. Quizá fuera posible reanimar un cadáver; el galvanismo había sugerido cosas por el estilo: quizá fuera posible fabricar los elementos de una criatura, reunirlos e infundirles calor vital.

Pasó la noche en esta conversación, y cuando nos retiramos a descansar ya habíamos dejado atrás la hora de las

brujas. Cuando descansé la cabeza en la almohada no dormí, y tampoco hubiera podido decirse que pensaba. Mi imaginación desatada me poseía y llevaba, y otorgaba a las sucesivas imágenes que se formaban en mi mente una vivacidad que excedía holgadamente los límites usuales del ensueño. Vi —con los ojos cerrados—, pero con viva claridad mental al pálido estudioso de las artes ocultas arrodillado al lado de la cosa que él mismo había armado. Vi extendido el horrible fantasma de un hombre, y luego, a impulsos de alguna máquina poderosa, mostrar signos de vida y agitarse con movimientos torpes, como los de un ser vivo. Debía ser terrorífico; pues tal efecto tenía que provocar una empresa humana que pretendía parodiar el mecanismo estupendo del Creador del mundo. Su éxito mismo debía aterrorizar al artista; y éste se apartaría espantado, agobiado por el horror de la obra creada por sus propias manos. Debía confiar en que, abandonada a sí misma, se desvaneciese la ligera chispa de vida que había logrado comunicar; y que esta cosa, que había recibido tan imperfecta animación, recayese en la materia muerta; así, podría descansar en la creencia de que el silencio de la tumba ahogaría para siempre la existencia fugaz del horroroso cadáver a quien por un momento había considerado como la cuna de la vida. El autor duerme; pero ahora se despierta; abre los ojos; y contempla al ser horroroso que está de pie al lado de su lecho, entreabriendo las cortinas, y contemplándolo con ojos amarillentos, acuosos pero reflexivos.

Aterrorizada, abrí los míos. Tanto se apoderó de mi mente la idea, que me recorrió un estremecimiento de temor,

y experimenté el deseo de trocar la imagen espectral de mi fantasía por las realidades que me rodeaban. Aún las veo; la habitación, las maderas oscuras del piso, las persianas cerradas, y entre ellas filtrándose la luz de la luna, la sensación de que más allá se extendía el espejo del lago y los Alpes blancos y elevados. No pude desembarazarme tan fácilmente de mi atroz espectro; seguía acechándome. Debía tratar de pensar en otra cosa. Apelé a mi cuento de fantasmas: ¡zarandeada e infeliz historia de fantasmas! ¡Oh! ¡Si por lo menos pudiese idear algo que atemorizase a mi lector como yo misma me había intimidado esa noche! La idea que entonces se me ocurrió sobrevino con la velocidad de la luz, y fue tan reconfortante como ésta. “¡Lo he hallado! ¡Lo que me inspiró temor, sabrá atemorizar a otros, y bastará que describa el espectro que me persiguió en medio de la noche!” A la mañana siguiente anuncié que había pensado *una historia*. Ese día empecé con las palabras: *Una desolada noche de noviembre*, y por el momento me limité a una reseña de los sombríos terrores de mi ensoñación.

Al principio pensé escribir nada más que unas pocas páginas, redactando un cuento corto; pero Shelley me instó a desarrollar más extensamente la idea. Ciertamente, mi esposo no me sugirió ningún incidente, y ni siquiera algunas sensaciones; pero si no hubiera sido por sus exhortaciones la obra no habría adquirido nunca la forma que el mundo conoció. De esta declaración debo exceptuar el prefacio. Por lo que puedo recordar, fue escrito totalmente por él.

Y ahora, nuevamente saludo a mi horrible engendro, y lo aliento a que vaya por el mundo y prospere. Le tengo

afecto, pues fue el fruto de días felices, cuando la muerte y el dolor no eran más que palabras que no hallaban verdadero eco en mi corazón. Varias de sus páginas reflejan muchos paseos, salidas y conversaciones, cuando yo no estaba sola y mi compañero era aquel a quien nunca volveré a ver en este mundo. Pero esto es para mí misma; mis lectores nada tienen que ver con estas asociaciones.

Sólo agregaré una palabra, relacionada con las modificaciones que he introducido. Son principalmente variaciones de estilo. No he cambiado ninguna parte del relato, ni introducido ideas o circunstancias nuevas. He corregido el lenguaje allí donde podía perjudicar el interés de la narración; y estos cambios aparecen casi exclusivamente al comienzo del primer volumen. En el desarrollo de toda la obra, se limitan completamente a las partes subordinadas del relato, y han dejado intacto el núcleo y la sustancia del mismo.

MW.S.

Londres, 15 de octubre de 1831